

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1888.

NÚM. 176.



LOS HUÉRFANOS DE LA ALDEA.

## LOS HUÉRFANOS

DE LA ALDEA.

En cierta poblacion rural de Francia vivian un labrador con su esposa, un hijo y dos hijas. Sucedió un dia que el labrador cayó enfermo, y habiéndolo declarado el médico en muy grave estado trató de ponerse bien con Dios, y luego se despidió de su esposa é hijos de la siguiente manera:

«No te aflijas, esposa mia: Dios te amparará, pues él me ha dicho: «Deja tus huérfanos, yo los criaré, y en mí se confiará tu viuda;» y tambien: «Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en la morada de su santuario.» Así que confía, que Dios no te abandonará, y educa á mis hijos de una manera cristiana.»

El buen hombre murió á los pocos momentos, y como en todo el pueblo tenia fama su honradez, fué sentido por todos los vecinos de la aldea. La madre á duras penas podia trabajar para traer el sustento á sus chicuelos; y comprendiendo esto los vecinos, trataron de ver cómo ayudarle, y al efecto, una costurera recogió para que la ayudara á la hija mayor, y al niño lo recogió el maestro para enseñarle, y en su casa le mantenía, no yendo el niño á la casa de su madre más que los domingos por la tarde.

Encontrándose uno de estos domingos en su casa, echaba de ménos á su hermana mayor, que tambien acostumbraba á venir. «¿Le habrá sucedido algo?» se decia, y no cesaba de pasearse

impaciente por el corral. Por fin, se decidió á ir á buscarla, y echó á andar por el camino; cuando se encontraba muy cerca de la casa, oyó que una voz de hombre le llamaba, y volvió la cabeza y se encontró con el tio Juan, el hombre á quien temian los niños, porque al entrarse estos en su cercado, les escarmentaba para que no volvieran á entrar. La primera impresion del chico fue de temor, y sin recordar algo en que le hubiera ofendido se dispuso á pedirle perdon, cuando el tio Juan le dijo:

«Mira, Ramon, tu padre era un hombre honrado á quien yo debia muchos favores, por lo cual, te quiero hacer un regalo en memoria de tu padre; vé al ganado, y dí á los pastores que te dejen escoger el corderito que más te guste.»

El pobre Ramon se quedó asombrado, y no atinaba á dar las gracias, al considerar cómo habia cambiado el carácter de aquel hombre para con él.

Corrió al rebaño, lo dijo á los pastores, quienes ya habian sido advertidos y escogiendo el que más le gustó, corrió á su casa sin acordarse más de su hermana. Al llegar ya estaba allí, y contó Ramon todo lo que le habia sucedido; se fueron al corral, donde toda la tarde estuvieron jugando con el corderito, y cuando la madre se asomaba por la ventana para vigilarlos, se decia: «Qué verdad es que padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios. Y ¡cuán cierto que los hijos del justo no mendigan pan!»



## EL REY ÁRABE Y EL POETA.

En cierta ocasion habia un rey árabe que tenia una memoria tan extraordinaria, que le bastaba oír recitar una sola vez una oda, y por mucha que fuese su extension, al instante la aprendia, en términos que podia tambien recitarla como su mismo autor. Tenia á su servicio dos personas dotadas de esta misma facultad, pero en grado menor: una anciana, natural de Marruecos, que podia recitar un trozo de versos sin titubear, con tal que le hubiese oído dos veces, y una de sus esclavas que podia repetir cualquiera composicion poética que hubiera escuchado tres veces.

Cuando se presentaba un poeta en el palacio, y pedia ofrecer al trono sus respetos y homenajes y dar una prueba de su arte y habilidad, el rey tenia la costumbre de prometerle, que si hallaba que sus versos eran una composicion enteramente nueva y original, le recompensaría dándole una pieza de oro igual al peso del manuscrito.

El poeta, seguro de no deber sus poesías á nadie, las declamaba lleno de confianza y satisfaccion.

*(Se concluirá.)*

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONCLUSION.)

«Ya llegarás, hijo mio, con un poco de paciencia. Cuán bueno es el hallarse uno en su casa, y con vosotros, hijitos.

Pero ¿de dónde ha venido este gran sillón? no lo conozco.»

«Es de la anciana señora del gato,» respondió Carlitos, «do ha traído para tí, papá.»

«¡La anciana señora del gato!... no la conozco.»

«Es la que ha tenido cuidado de mí cuando he estado enferma,» dijo Pequeña Madre levantando hácia su padre sus ojos serios.

«Y la señora Perlet me ha tenido en su casa,» gritó Carlitos.

«Todos han sido muy buenos para vosotros,» dijo el padre, «yo quisiera darles las gracias.»

Cuando así hablaban llamaron á la puerta. Era la señora Perlet con una taza de caldo en las manos.

«¿Cómo va eso?» dijo al enfermo tomando un aire sonriente para ocultar la emocion que le causaba la vista de esta figura demacrada por la enfermedad. «He aquí un poco de caldo para que se restaure; precisamente ayer pusimos el puchero. Nosotros somos ricos ahora; mi marido ha vuelto á encontrar trabajo en su antigua casa y podemos concedernos el puchero dos veces por semana.»

«Señora Perlet,» dijo el convaleciente con la voz temblorosa y con los ojos húmedos; «os doy las gracias, como tambien á vuestro marido, por lo que habeis hecho por mis pobres niños. Os estaré agradecido toda mi vida.»

«No hablemos de eso. ¿Quién es el que podria ver sufrir á unos pobrecitos inocentes y no vendria en su ayuda?»

usted haria lo mismo por nosotros, ¿no es verdad? Qué gusto dá el verle á usted aquí y no en aquella cama del hospital.»

«Sí, estoy contento; pero no diré mal de mi cama del hospital, porque en ella he aprendido á tener confianza en Dios.»

«¿Es eso verdad?» dijo la señora Perlet, con un aire de sorpresa.

«¿No es él quien ha tenido cuidado de mis niños mientras que yo nada podia hacer por ellos? Ustedes, buenas gentes, los han alimentado, es cierto; pero ¿quién puso este pensamiento en vuestro corazon? ¡Ah! señora Perlet, se comprenden muchas cosas cuando se está allí, débil y sin movimiento durante varias semanas. Antes de esto yo no pensaba en Dios; pero ¿á quién habria yo recomendado mis pobres pequeños sino á Él? Y Él me ha entendido.»

«Es verdad,» dijo la señora Perlet.

«Ahora, espero que podremos mostrarle nuestro reconocimiento, haciendo para los otros lo que Vds. han hecho por nosotros.»

«Pero aún pasará mucho tiempo ántes de que pueda Vd. trabajar,» dijo la buena mujer mirando las manos débiles que reposaban sobre los brazos del sillón.

«Todavía un poco de tiempo, puede ser; pero las fuerzas vuelven enseguida cuando se está contento. Vea Vd., señora Perlet, desde el día en que Vd. estuvo en el hospital y me dijo ¡Vuestra Pequeña Madre no ha hecho nada malo, se la habia acusado injustamente! yo he sentido que sanaba muy ligero.»

«¿Cómo pudo creer esto, Vd. que la conocia?»

«No lo sé, me pesa ahora,» dijo el pobre padre, llevando á la hijita junto á sí; «pero ella no me guarda rencor, ¿no es verdad, Pequeña Madre? ¡Yo estaba tan débil, tan desgraciado de sentirla abandonada! No sabia todavía lo que sé ahora, esto es, que mis pobres niños tenían un Padre en el cielo.»

«Y bien, Vd. tiene más confianza de la que yo tendria en su lugar, porque usted está para largo tiempo incapaz de trabajar y no son estos pequeños brazos quienes ganarán mucho pan.»

«Se me ha concedido una indemnizacion por mi accidente, que ha sido causado por la imprudencia del maestro albañil. Ved bien cómo Dios tiene cuidado de nosotros.»

Carlitos tiró á Pequeña Madre del brazo y la obligó á bajarse hasta que pudo hablarle al oído:

«Creo que papá ha visto al buen Dios,» díjole; «¿dónde está, pues?»

«Está con nosotros, Carlitos,» respondióle bajito, porque comenzaba á comprender; estoy segura de que él está cerca siempre, puesto que puede siempre vernos y oirnos y tener cuidado de nosotros en todas partes donde estamos.

Carlitos reflexionó un momento y después dijo:

«Cuando yo sea grande, ya comprenderé.»

FIN.





### ASCENSION A LA MONTAÑA.

Una de las más hermosas escenas que nos presenta la naturaleza es la perspectiva del horizonte desde lo alto de una montaña, lo cual es un motivo para que en la Suiza sean tan aficionados á las ascensiones de las montañas.

Estas ascensiones son á veces muy difíciles, y por eso el hombre ha inventado medios para que pueda ascender

hasta la persona más delicada, siendo uno de ellos el que nuestra lámina representa, donde con la mayor comodidad y sin miedo y sin riesgo apenas, sube una señora á disfrutar de las preciosas vistas. ¡Tanto estudio, tanta diligencia, tanto afan para las cosas de esta vida, y tanto descuido para las cosas de la eternidad!

Ahora bien, lectores, nada más alto, más hermoso, más encantador que la

bendita ciudad de Dios, cuyos fundamentos están en los montes santos: y á pesar de su inmensa altura, nada más fácil que subir allí, aunque quizá en nada piensan menos los hombres. ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿ó quién estará en su lugar santo? pregunta el Salmista. Y él mismo se respondia: «El inocente en sus manos y limpio en su corazon; el que no recibió en vano su alma, ni dolosamente juró á su prójimo: este recibirá la bendicion del Señor y la misericordia de Dios su Salvador.» ¿Y quién será inocente en sus manos y limpio en su corazon? preguntamos nosotros. Y la respuesta la hallamos en el Apocalípsis, donde se dice que en el monte santo de Sion estaban algunos que habian lavado sus vestiduras y las habian blanqueado en la sangre del Cordero.

Sí, Cristo es el que nos sube al cielo; para eso descendió del cielo; y nos sube con toda comodidad y sin peligro. Y el que por otro camino busque la subida, creará que sube algo, pero nunca podrá llegar, y en la última hora verá que se ha equivocado lastimosamente y sin remedio.



## EL REY ÁRABE Y EL POETA.

(CONCLUSION.)

Cuando el poeta terminaba de recitar su poesía el rey le decia:

«Eso no es una cosa nueva: hace muchos años que yo conozco lo que acabas

de recitarme; esa pieza me la sé de memoria.»

Y la repetia palabra por palabra, con gran sorpresa del poeta, y añadia:

«Esta anciana de Marruecos la conoce tambien, y va á repetirla ahora mismo.»

La anciana de Marruecos, que la habia oido recitar dos veces, una vez por el poeta, y otra por el rey, la repetia con la misma perfeccion.

«Tengo tambien una esclava,» proseguia el rey, «que debe saberla lo mismo que nosotros.»

Se hacia comparecer á la esclava que habia estado oculta detrás de un cortinaje, y habiendo oido al poeta, al rey y á la anciana recitar la poesía, la repetia como si la hubiese aprendido desde su infancia.

El poeta quedaba confundido, no acertando á comprender cómo otras personas sabian sus versos como él mismo, y se creia víctima de algun espíritu maligno; pero al fin, no teniendo nada que oponer en contra, se veía obligado á retirarse con las manos vacías.

El famoso poeta El-Asmael, lastimado del infortunio de sus compañeros, sospechó el ardid del rey, resolvió sufrir la prueba, pero al mismo tiempo se lisonjeó con la idea de salir vencedor.

Compuso una oda, en la que sin sacrificar los pensamientos, hizo que entrasen en ella, con grande paciencia y erudicion, las palabras poéticas de la lengua árabe más difíciles de pronunciar y retener. Enseguida se vistió á manera

de extranjero y se cubrió el rostro, á excepcion de los ojos, con un *lithan* (pedazo de paño), segun la costumbre de los árabes del desierto. De este modo disfrazado se presentó en el palacio del rey y pidió que le condujesen á su presencia.

El rey estaba en su aposento dejándose recortar la barba por su esclava, cuando vino la anciana á anunciarle la persona que le esperaba. El rey pasó á ver al supuesto extranjero, que al mirarle en su presencia le dijo:

«¡Oh hermano de los árabes! ¿De dónde vienes y qué deseas de mí?»

El poeta respondió:

«Dios acreciente y favorezca el poder del rey. Soy un poeta de la tribu de... y he compuesto una oda en honor de nuestro sultan.»

«¡Oh hermano de los árabes!» respondió el rey, «¿sabes á qué condicion puedes obtener la recompensa?»

«Lo ignoro,» dijo el poeta. «¿Cuál es la condicion, poderoso señor?»

«Si la oda que vas á recitarme no ha sido compuesta por tí, no esperes de mí ningun premio; pero si es nueva, es decir, si eres tú el verdadero autor de ella, te daré tanto oro como pese el manuscrito al cual has confiado tus inspiraciones.

«¿Cómo tendria yo el atrevimiento,» exclamó El-Asmael, «de suponerme autor de versos que no hubiera compuesto? ¿Ignoro yo por ventura que mentir en la presencia de un rey es una de las acciones más viles que pueden cometer-

se? Mis versos son mios, y me someto sin ninguna especie de temor á las condiciones que tengais á bien imponerme, ¡oh, el mejor de los reyes!»

El poeta recitó su oda; el rey, turbado y viéndose incapaz de retener un solo verso, hizo una seña á la anciana de Marruecos; pero ésta tampoco habia podido retener una sola palabra; hizo comparecer á la esclava, la que se hallaba ménos que los otros en estado de representar su papel.

«¡Oh hermano de los árabes!» dijo el rey, tú has dicho la verdad: la oda indudablemente es tuya; es la primera vez que la oigo. Presenta, pues, tu manuscrito, á fin de darte la recompensa prometida... entrégalo y lo pesaremos.»

«Mandad,» respondió el poeta, «á dos de vuestros servidores para que me ayuden á traerle á los piés de vuestro trono.»

«¿Pues qué es necesario traer?» exclamó el rey admirado. «¿El manuscrito no es de papyrus? ¿No lo traes contigo?»

«No, sultan y el mejor de los reyes. Soy un pobre; cuando compuse esta oda no tenia papyrus, y me ví precisado á estamparla en un trozo de columna que mi padre me dejó en herencia. Este pedazo de mármol está sobre mi camello á la puerta del palacio.»

El rey cayó en su propio lazo; el trozo de columna doblaba con su enorme peso el lomo del pobre camello; para sostener el rey su promesa, le fue preciso agotar su tesoro; mas esta leccion no la echó en saco roto, como vulgarmente se dice; en adelante renunció á echar



mano de un ardid tan poco digno de él contra los poetas, á los cuales recompensó, segun su mérito, con la generosidad que conviene á la riqueza y el poder de un soberano.

---

## LA MORENITA PERDIDA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

*El primer aliento de la morena.*

El paseo por los barrios bajos del Este de Lóndres, en un dia caluroso de verano, no es en manera alguna muy agradable y fortificante. Las calles son estrechas, los canalones al lado de las aceras, están por lo regular obstruidos por la basura vertida desde las casas á cada lado. Montones de fruta podrida, mondaduras de patatas y verdura echada á perder están tirados en medio del paso y los niños hambrientos los revuelven buscando alguna ganga, cuyo único deseo en el verano es el de satisfacer en todo lo posible el hambre que siempre les roe. No hay olor agradable en el ambiente, ni ninguna frescura; los olores que hay son todo lo contrario. El sol cae tan de plano sobre las casas estrechamente construidas, sobre la acera sucia y sobre la calle sin regar, que parece que las calenturas suceden á los dias calurosos. En las esquinas de tales calles hay, por lo general, tabernas bajas muy concurridas que hacen un gran negocio, pues el aire seco da sed á todo el mundo, y las puertas se

abren y cierran continuamente con la corriente de hombres, mujeres y niños que entran y salen.

Pero detrás de estas calles hay patios y callejones estrechos, donde el calor es aún más insoportable. Ninguna corriente de aire pasa por ellos, y están tan retirados de las miradas del público que los que viven en ellos no sienten vergüenza ni temen ser vistos por alguno ménos desgraciado que ellos. Hay un nivel para todos de miseria y de degradacion. La suciedad se hace allí aún más asquerosa, y las enfermedades que ella produce se hacen más mortales. La mitad de los niños que nacen allí mueren antes que hayan concluido de vivir doce meses de miseria. Sólo los que son especialmente robustos ó reciben de sus madres un cuidado regular, viven hasta el segundo año. Los entierros de niños pequeños son tan frecuentes que no llaman la atencion sino de los niños que han sobrevivido la suerte comun y que siguen el pequeño ataud hasta el fin de su propio callejon, y le dejan allí para que se le lleven á alguna region misteriosa, de la cual no saben nada. En cuanto á las madres, parece que la mayor parte de ellas han perdido el cariño natural por sus pequeñuelos y se alegran al verse libres de un cuidado que hubiera hecho sus vidas aún más penosas.

En uno de estos callejones estrechos y cerrados se paseaba un niño en un caluroso dia de verano por delante de la puerta de una casita en el rincon más retirado de la calle. *(Se continuará.)*

Mi Je—sus, mi Sal—va—dor Vi—vo es—tá, Él es mi es—pe—ran—za.  
 De la muer—te no hay te—mor, Mien—tras fun—do mi con—fian—za

En A—quel que me sal—vó, Cuan—do en cruz por mí mu—rió.

2.

Vida eterna Él alcanzó:  
 Yo tambien veré la vida;  
 Al lugar que preparó  
 Su promesa me convida.  
 Él que es la Cabeza, allá  
 A sus miembros llevará.

3.

Yo soy suyo, bien lo sé,  
 Por su sangre redentora;  
 Doy la mano de la fe  
 En su mano salvadora.  
 Muerte, tú nunca jamás  
 De Jesus me apartarás.

4.

Carne soy, se juntará,  
 Lo que es polvo con el suelo;  
 Mas el alma volará  
 Con Jesus allá en el cielo,  
 Al reposo sin igual  
 De la gloria celestial.

5.

Cuando resucite, sé  
 Que me rodeará luz pura;  
 Con mis ojos yo veré  
 A mi Rey en su hermosura;  
 Ni dolor ni enfermedad  
 Temeré en la eternidad.

6.

En vergüenza se sembró,  
 Pero surgirá en nobleza;  
 Mi flaqueza se trocó  
 En divina fortaleza;  
 Aquí el cuerpo es animal,  
 Allí cuerpo espiritual.

7.

Miembros mios, descansad,  
 Esperando vuestra aurora;  
 De Jesus soy propiedad.  
 Pronto romperá sonora  
 Del clarin la voz final  
 El silencio sepuleral.

8.

No te espantes, corazón,  
 El infierno está vencido;  
 Muerte, ¿dónde es tu aguijón?  
 Con Jesús seré reunido;  
 Llanto ni dolor jamás  
 A su lado sufrirás.

9.

Vuestro espíritu elevad  
 De los goces de este suelo,  
 Y acercáos sin vacilar  
 Al que os abrirá su cielo;  
 Donde está mi galardón  
 Allí esté mi corazón.

### POR AMOR DE CRISTO

Se cuenta de la princesa Eugenia de Suecia una historia que hace resaltar un rasgo sobresaliente de su carácter. Se interesaba mucho por los pobres afligidos, aun á costa, algunas veces, de muchos sacrificios y abnegaciones.

No hace muchos años tuvo que ir, por orden de los médicos, á una isla cerca de la costa para restablecerse en su quebrantada salud. Allí encontró un gran número de cojos é inválidos sumidos en la más profunda miseria, muchos de los cuales eran del todo incurables. No podía la princesa hallar reposo para su espíritu hasta que hubo hecho algo en su favor para aliviar sus padecimientos. Pidió con mucho fervor á Dios que la iluminase y enseñase cuál era su voluntad acerca del particular.

Pronto se le ocurrió lo que la ha

hecho famosa. Su pensamiento fué el de fundar para aquellos pobres enfermos un asilo, donde pudieran estar bajo su cariñoso cuidado, y donde ella misma pudiera atender á sus necesidades, constituyéndose en enfermera suya. En tan gran número eran, que el asilo debia ser grande, y por consiguiente, costoso. ¿Cómo reunir los fondos necesarios para tal empresa? Pronto su compasivo corazón halló medio de hacerlo. Escribió á su hermano, el rey, pidiendo su consentimiento para vender todas las joyas reales que le pertenecian, é invertir el producto de la venta en la obra del Señor. La carta fue rociada con lágrimas y acompañada de muchas rogativas para que el rey accediera á su petición.

Al principio este pensaba que Eugenia debia estar loca. ¡Esas joyas eran tan apreciadas! ¡Le habian sido legadas desde muchas generaciones pasadas! ¿Quién oyó jamás hablar de una idea tan absurda y estrambótica, que una princesa real renunciase para siempre á sus preciosas alhajas de familia para edificar un hospicio para inválidos? Pero habia en su carta una frase que su hermano no podia olvidar. Su único argumento era—*«por amor de Cristo.»*

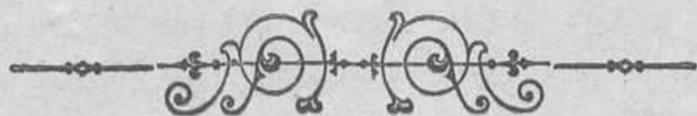
Por fin escribió el rey consintiendo en ello. La princesa, contentísima de poder hacer el sacrificio, vendió sus joyas, acabó y amuebló el asilo.

Y no era sólo esto: sino que la dádiva más valiosa fué la de su propia persona. Día tras día entraba en la casa que habia edificado, como ángel representante

de Dios cerca de aquellos enfermos desfigurados y repugnantes. Un día, una pobre mujer á quien la princesa visitaba muy á menudo, estaba á las puertas de la muerte. Eugenia solia sentarse á su lado, y cogiéndole una mano le aconsejaba que aceptase á Jesus como á su único Salvador. Ahora su última hora habia venido; é incorporándose en la cama, se encorvó sobre la mano de su enfermera y acariciándola le dijo: «Hermosa princesa, doy gracias al Señor por haber enviado á V. á esta isla, pues si no fuera por V., nunca hubiera aprendido á amar á Jesus, y mi alma se habria perdido.» Dicho esto, cayó sobre la almohada y espiró; pero la mano de Eugenia quedó cubierta de las lágrimas que habian vertido aquellos ojos moribundos. Eugenia miró su mano, vió aquellas lágrimas de gratitud resplandeciendo á la luz del sol, y alzando sus ojos á Dios, dijo: *¡Oh Salvador mio! Vendí mis joyas por tí; pero veo que me las devuelves todas, y ¡cuánto más hermosas son ahora que antes, cuando las poseia!*

«Vé, y haz tú lo mismo.»

Nuestros lectores no son ni príncipes ni princesas, ni poseedores de joyas. Pero nuestro Señor acepta hasta un vaso de agua dado en su nombre. «En verdad os digo, que todo cuanto hicisteis en favor de uno de estos mis hermanos pequeñitos, por mí lo hicisteis.»



## LA MORENITA PERDIDA.

(CONTINUACION.)

La casa, delante de la cual el niño se paseaba era pobre como todas las demás, y tenia más papel de estraza en sus ventanas que cristal. Las cuatro habitaciones que contenia, dos en cada piso, fueron alquiladas por el mismo número de familias con sus huéspedes. Parecia que habia un poco de agitacion dentro, y algunas mujeres bajaban y subian deprisa por la escalera, segun se podia ver por la puerta abierta. A aquella hora habia pocos hombres en el patio, pues la mayor parte de ellos eran vendedores, y estaban trabajando. Pero el callejon estaba bastante lleno de niños casi desnudos que jugaban con mucho ruido en el corralon abierto ó peleaban aun con mayor ruido. El niño no se juntó con ninguno de ellos, sino los miraba con semblante preocupado é inquieto, y alguna vez dirigía su mirada hácia la puerta abierta ó escuchaba con atencion el ruido que salia del cuarto de arriba. De pronto oyó un grito débil y triste y las lágrimas le saltaron á los ojos; ¿por qué? no lo sabia; pero las enjugó deprisa al mismo tiempo que volvia la cabeza para que nadie las viese.

«¡Alejo!» gritó una mujer desde el escalon más alto. «¡Alejo! dános tu chaqueta para envolver á la criatura.»

Si hubiera sido en medio del invierno se hubiera quitado con gusto la chaqueta andrajosa para la nueva criatura. Tenia cariño hácia todas las criaturas desamparadas y habia criado y cuidado

á otros dos hermanitos ántes que á este, y los habia visto á los dos marchitarse lentamente y morir en aquella atmósfera malsana. No se cuidaba mucho de su madre. ¿Cómo podía? si pocas veces dejaba de estar ébria. Pero las criaturas le eran muy queridas, aun más que un perrito que habia guardado en secreto por mucho tiempo, pero que por fin se lo habian quitado porque no podia pagar la contribucion. No habia contribucion sobre criaturas, segun Alejo recordaba con alegría. Los agentes de policia no podian interesarse más de lo conveniente por esta nueva criaturita. El podia llevarla por todas partes, y jugar con ella y enseñarle todo género de chanzas sin correr peligro de perderla.

«¿Es niño ó niña?» preguntó con ansia á la mujer que bajaba precipitadamente por su chaqueta.

«Una niñita,» contestó ella. «Una morenita con los ojos y el pelo negros.»

«Démela V. tan pronto como pueda,» pidió Alejo frotando sus manos y bailando en el umbral para quitarse un poco su excitacion alegre.

«Puedes tenerla en seguida,» dijo la mujer, «hace hoy calor en todas partes como en un horno.»

«Yo iré por ella,» contestó Alejo siguiéndola hasta la puerta. Dentro de pocos minutos un paquetito le fue dado envuelto en su chaqueta vieja y bajó cuidadosamente con él en sus brazos. Buscaba algun rinconcito retirado donde pudiera mirar su nuevo tesoro, pues no queria tener todos los niños del ca-

llejon gritando á su derredor como sabia que los tendria en el momento en que se sentara en el umbral con aquel paquetito misterioso sobre sus rodillas. La mirada rápida le mostró en un rincon el carro levantado de un vendedor con dos ó tres cestas en el suelo. Se colocó detrás de él y se sentó en una cesta. Entonces abriendo la chaqueta lentamente miró la carita nueva. ¿Por qué las lágrimas volvieron á quitarle la vista? El recuerdo de Tomasito y de la pequeña Victoriana, recostados ahora en sus pequeños ataúdes debajo de la tierra le venia tan vivamente á la memoria, que no podia ver á esta criatura sin llorar. Sabia que era una mala cosa el hacerlo, y se enfadó consigo mismo y tuvo miedo de que alguno lo supiese, pero pasaron unos minutos antes de que se pudiera vencer. Sólo despues de frotar sus ojos con mucho afan con la manga de la chaqueta, fueron bastante claros para dejarle ver su tesoro.

Una verdadera morena. Los ojos negros como el azabache y la cabecita cubierta de cabello negro. Se quedaba contenta en sus brazos mirando seriamente su cara como si verdaderamente la pudiese ver y el niño se puso á meditar qué manera de hermano seria para ella. Alejo la sonrió, silbó para agradecerle; le metió un dedo en la boquita y la meció suavemente sobre la rodilla. La criatura era «buena como el oro,» no lloraba, y de esta manera no descubria su escondite. Pero no separaba sus ojos negros y serios de la cara de Alejo. *(Se continuará.)*



### EL AGUA DE LA PEÑA.

El suceso que representa nuestro grabado, es un hecho importante de la historia de Israel.

Habiendo, tras largas dificultades, obtenido su libertad los hijos de Israel, y apenas comenzaron su viaje por el desierto, olvidaron los portentosos milagros que Dios había obrado en su favor, y bien pronto comenzaron á tomar asiento las murmuraciones y el descontento, en unos pechos donde sólo debieran existir la confianza y la gratitud.

Los que habían visto abrirse las aguas para dejarles paso, y volverse á

juntar destruyendo á las huestes que les perseguían, caen en una nueva murmuración, y es la quinta desde que salieron de Egipto, quejándose en Cades contra Moisés por la falta de agua; mas el Señor le dijo: «Toma la vara y reúne la congregación, tú y Aaron tu hermano; y *hablad á la peña* en ojos de ellos, y ella dará su agua, y les sacarás agua de la peña, y darás de beber á la congregación y á sus bestias.» Reunieron, pues, Moisés y Aaron al pueblo y dijeron: «Oid ahora, rebeldes; ¿os hemos de hacer salir agua de esta peña?» Y Moisés, sin *hablar á la roca*, alzó la mano, é hirió á la peña dos veces con la vara; y salió

agua en abundancia y bebió de ella la multitud y las bestias. Entonces dijo el Señor á Moises y á Aaron: «Por cuanto no creísteis en mí para santificarme en ojos de los hijos de Israel, por tanto, no metereis esta congregacion en la tierra que les he dado.» Y el manantial llevó el nombre de *aguas de Meriba*, lo cual significa *aguas de la contienda*.

Y ahora bien, lectorcitos, ¿qué significa el acto de brotar agua de una peña? ¿con qué lo podremos comparar?

La peña podemos compararla con Cristo, pues él mismo nos dice: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba;» y nosotros representamos al pueblo de Israel inconstante y desconfiado para con su Señor en los casos de necesidad.

---

## LA CIGÜEÑA.

---

La cigüeña, por lo utilísima que ha sido al hombre en todos los tiempos, ha sido protegida por él. Así es, que en algunos países se imponía la pena de muerte al que matase uno de estos animales. En Egipto se la hizo objeto de un culto especial, y aun hoy día es respetada en los pueblos orientales y aun en algunos países de Europa.

La cigüeña tiene mucho afecto á sus hijuelos y nunca los abandona, siendo no menos digno de notarse la tierna solicitud con que estos pájaros tratan á sus padres en la vejez. Los hombres olvidan muchas veces sus deberes para con sus padres. Por eso en la antigüe-

dad promulgaron los griegos una ley que obligaba á los hijos á mantener á sus padres cuando estos eran viejos y pobres.

La cigüeña agradece la proteccion que se la dispensa, volviendo cada año á los mismos sitios: pueblos hay que ponen cajas y ruedas grandes en los tejados y torres que puedan servir de base para sus nidos á su vuelta en la primavera siguiente, lo que agradece muchísimo la cigüeña adoptándolos por nidos; pero si tiene que construirlos de nuevo, se afana solícita en la acumulacion de ramas secas, tronquitos de madera y juncos, cuyos materiales coloca muy diestramente.

Por lo regular anidan estas aves en las torres, en la copa de los grandes árboles, en las orillas del mar y de los grandes rios y en las vistas de los escarpados peñascos.

La cigüeña pone generalmente de dos á cuatro huevos de un color blanco sucio y amarillento, un poco más pequeños que los de la oca, pero más largos que estos.

Mientras la hembra va en busca del alimento, el macho empolla estos huevos, y al mes nacen los polluelos, que están cubiertos, en el primer tiempo, de un plumon oscuro. Nunca van juntos al campo los padres, sino que siempre queda uno cuidando á los hijuelos, hasta que son bastante crecidos para procurarse el alimento por sí mismos.

El pico de la cigüeña es grueso y un poco hendido; el choque de sus anchas y

ligeras mandíbulas produce un chasquido ó castañeteo muy particular, que se oye á no pequeña distancia; sus piernas son rectas y enjutas, pausados sus movimientos y sus pasos largos y mesurados.

Vuela con gran empuje, llevando la cabeza hácia adelante y las piernas extendidas hácia atrás á modo de timon. Los sitios que más frecuenta son los pantanos, las praderas y las orillas del agua, y se alimenta de gusanos é insectos, como tambien de peces, reptiles y pequeños mamíferos, á los cuales macera y tritura con el pico y aun con las piernas, antes de comerlos.

## LA MORENITA PERDIDA.

(CONTINUACION.)

«¡Oh! Quisiera que alguien pudiera conservármela viva!» murmuraba Alejo tristemente. Tenia una vaga idea de que en alguna parte habia alguien que podria salvar á la recién nacida criatura de morir como habian muerto Tomasito y la pequeña Victoriana. Habia visto en las calles á muchos niños ricos que no necesitaban nada, y cuyos carrillos estaban rellenos y rosados, no pareciéndose en nada á las criaturitas débiles y demacradas del callejon. Pero no podia decir por qué sucedia: si era solamente porque eran ricos ó porque habia alguien que podia conservarlos vivos y cuidaba más de ellos que de los pobres. Los habia mirado con ojos co-

diciosos, y recordaba lo bonitos que parecian con sus vestidos azules ó de color escarlata y con sus gorritas blancas, y deseaba entonces de todo corazon poder encontrar alguno que le conservara viva á la Morenita. Llamaba á la criatura Morenita, y nadie en el callejon se tomaba el trabajo de darla otro nombre. ¿Qué se ganaba con bautizar á una criatura que moriria de seguro al poco tiempo?

A los pocos dias la madre de Alejo se levantó para dedicarse á la venta. Ganaba algo cuando se tomaba el trabajo de andar vendiendo por las calles, como la mayor parte de sus vecinas lo hacian. Cuando tenia bastante fuerza de voluntad para ahorrar cinco ó seis pesetas de la taberna á la esquina de la calle alquilaba un carrito por una semana y ponía dentro una porcion de fruta barata y de verdura, y Alejo iba con ella para tirar de él. Pero eso sucedia muy de tarde en tarde; era rara la vez que su fuerza de ánimo no desfallecia ante la tentacion de las copas de aguardiente. Entonces Alejo tenia que cuidarse por sí mismo, y apenas ganaba lo suficiente para satisfacer sus necesidades vendiendo cerillas cerca de la «Casa de Mansion» ó en cualquier otro sitio concurrido, donde uno de mil transeuntes podria verle y por un acaso favorecerle. A menudo, cuando no habia ningun niño en casa, no iba allí durante semanas, sino dormia en cualquier parte donde podia encontrar cubierta, en un carro vacio ó debajo de una lona; hasta



sin cubierta si no la encontraba. Si su madre atravesaba su camino en estos tiempos de viaje, la única muestra de parentesco que manifestaba era su demanda por todos los reales que pudiese poseer, y su diligente busca por ellos entre sus harapos. Unicamente cuando habia un niño, era cuando Alejo volvía á casa tan pronto como anochece, llevando en una mano algun dulce barato, que casi contenía más veneno que azúcar.

La Morenita estaba abandonada á su cuidado aun más que los otros niños. La madre era demasiado borracha para tomarse mucho interes por ella. De vez en cuando se iba á la taberna llevándola en los brazos, y volvía tambaleándose con gran susto de Alejo. Pero por lo general no se ocupaba de la Morenita, y dejaba al chico que la cuidase de la manera que pudiese. Esto era bueno para la criatura. Alejo la sacaba de aquel aire impuro y la llevaba á calles más anchas y más espaciosas, y á menudo se paraba pensativo delante del mos-

trador de una panadería hasta que recibía una buena corteza para que la chica la royese. Su chaqueta continuaba siendo casi el único abrigo que ella tenía, y cuando llegó el invierno él tiritaba de frio, y sus brazos helados apenas la podían sostener. Pero esto lo sufría sin murmurar lo más mínimo; porque ¿á quién iba á quejarse? No habia conocido nunca á un amigo á quien pudiera ir á decirle: «Tengo hambre y frio y estoy casi desnudo.» Nunca habia oido que se hubiera dicho alguna vez: «De cierto os digo que todo cuanto hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeños, por mí lo hicisteis.» ¿Era posible que Alejo fuese uno de estos sus hermanos pequeños?

Pero existía esta grande y última dificultad en el caso de Alejo. Si alguien le hubiese vestido, haciéndolo en memoria de su Señor, su madre hubiera empeñado en seguida los vestidos, y el dinero lo habria gastado en la taberna.

*(Se continuará.)*

## EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2,50.  
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.